



TRIBUNA | ANÁLISIS En pleno siglo XXI, la buena salud de una monarquía parlamentaria se encuentra condicionada en mayor o menor grado por tres factores: la tentación presidencialista, las apuestas populistas y la ejemplaridad de la corona

España y su Monarquía, garantía para avanzar

JORDI CANAL

ESTA NOCHEBUENA, una vez más, como todos los años en dicha fecha señalada, el Rey de España se ha dirigido a los españoles en un mensaje televisado. En sus novenas Navidades en el trono, el discurso de Felipe VI ha empezado recordando la tradición: «Me alegra mucho poder estar en vuestros hogares y seguir cumpliendo con esta tradición de transmitir mis mejores deseos, sobre todo de paz, en esta Nochebuena; y también de compartir con vosotros algunas reflexiones sobre los acontecimientos más relevantes del año que ahora termina». Las palabras del Monarca los días 24 de diciembre irrigan el cuerpo constitucional de la nación. En 2022, al margen de las inevitables referencias a la guerra de Ucrania y sus consecuencias, Felipe VI ha alertado acertadamente sobre las divisiones y enfrentamientos en el seno de la sociedad española y sobre la erosión institucional. El Rey de España no gobierna, pero reina, y tiene la obligación moral y constitucional de transmitir a los españoles sus preocupaciones sobre el funcionamiento de la sociedad. En unos momentos de inquietante desprestigio de las instituciones, la voz del Monarca resulta un susurrante grito de alerta.

La Monarquía de España ha propiciado y guiado, en muchas ocasiones, las transformaciones vividas a lo largo del último medio siglo. Nunca en nuestro país la paz, la modernización y la estabilidad habían acompañado durante tantos años a los españoles. No significa todo ello que hayan escaseado las dificultades, pero estas han sido contrarrestadas con más o menos efectividad, como en toda sociedad fuerte y cohesionada. El prestigio de España es alto, aunque los españoles seamos siempre nuestros principales emborronadores de pasados y presentes legendarios u objetivos. Tenemos por delante un gran futuro. La estabilidad que asegura la institución monárquica es garantía de progreso.

En pleno siglo XXI, la buena salud de una monarquía parlamentaria como la española se encuentra condicionada en mayor o menor grado por tres factores: la tentación presidencialista, las apuestas populistas y la ejemplaridad de la corona. Y, por encima de esta triada, el peso de los avatares contextuales, tanto nacionales como internacionales. Las

coyunturas críticas resultan, como hemos aprendido en los últimos tres lustros, imprevisibles: vivimos los efectos de la crisis provocada por la guerra en Ucrania, todavía no nos hemos recuperado totalmente de la crisis generada por el Covid-19 y, en algunos casos, los recuerdos o repercusiones de la situación de policrisis derivada de 2008, especialmente en los ámbitos judicial y político, no han sido ni olvidados, ni seriamente afrontados.

El presidencialismo ha casado mal con la monarquía parlamentaria hasta tiempos recientes en España, con la excepción de algunos momentos puntuales de este siglo atribuibles más a juegos de ambición o a alardes de indolencia que a planes seriamente preconcebidos. Empero, la tentación sigue viviendo arriba. Y en los últimos años ha sido, más o menos tímidamente -siempre imprudentemente- visitada. Interferir o dificultar el ejercicio de las limitadas funciones monárquicas constituye una irresponsabilidad desde la ignorancia y una deslealtad supina a sabiendas. El amago de invisibilidad, las interferencias y los supuestos errores protocolarios esconden, en ocasiones, sueños con monstruos bonapartistas. En algunas regiones de España resulta preciso, además de más Estado, mayor presencia de personas y letra monárquicas. Forzar la Carta Magna y erosionar sus formas o su espíritu lesionan la principal de las figuras tutelares. En este sentido, el juramento de la princesa Leonor como heredera de la Corona ante las Cortes, tras cumplir 18 años el 31 de octubre de 2023, puede ser percibido -aunque esperemos, ojo avizor, que no sea así como una oportunidad partidista en año electoral.

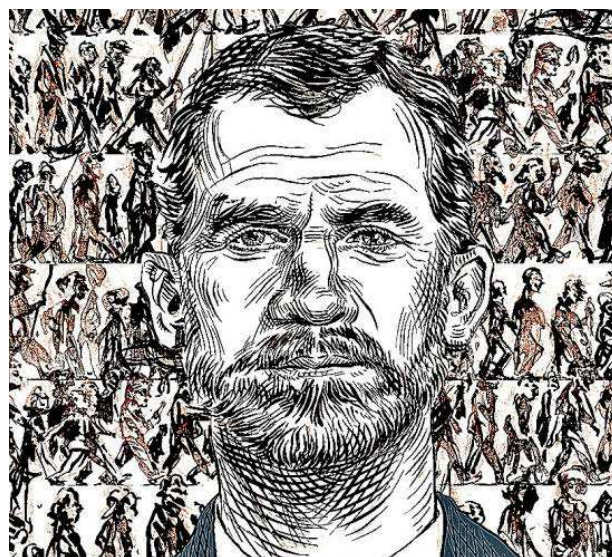
Mientras que la tentación presidencialista supone una contingencia latente y meliflua, las apuestas populistas actúan frente a la institución monárquica y a sus representantes de manera frontal y burda. Las reacciones entre los dirigentes de Podemos e independentistas catalanes y vascos ante el discurso real de este 24 de diciembre constituyen, una vez más, buena muestra de ello. Auspiciados por las crisis, siniestros populistas y populistas independentistas no dudan en aprovechar cualquier resquicio para minar, con altas dosis de demagogia, la Monarquía de España.

Para los izquierdistas, la Monarquía conforma el pilar esencial del injusto y primitivamente denostado «régimen del 78». La solución para todos los supuestos males de la patria pasa, en consecuencia, por una atemporal república, mágica palabra que no consigue ocultar, en manos de estos voceros, perversas tentaciones no democráticas. Para los independentistas, la Corona constituye el fundamento y el pegamento de la unidad de España, e, ilativamente, el principal enemigo a batir. Que en algunos momentos del pasado reciente infravaloraran su fortaleza no significa que vayan a cejar en el empeño. Hunos y otros, para decirlo en unamunianos vocablos, no van a desperdiciar ninguna oportunidad para cuestionar la Monarquía y la figura del Rey. El hecho de que ambos condicionen al actual Gobierno, ya sea desde dentro del ejecutivo o bien desde las tribunas y los despachos del legislativo, no induce a la tranquilidad.

Los factores anteriores son de la máxima importancia, pero el tercero, la ejemplaridad de la Corona, constituye la auténtica base reguladora de la legitimidad popular del sistema. Ha pasado, desde junio de 2014, más de un lustro y el reinado de Felipe

VI se encamina hacia el decenio de vigencia. Se ha cumplido el programa desgranado en el discurso de aquel 19 de junio ante las Cortes: por un lado, estricto y pulcro cumplimiento de la Constitución; por otro, cercanía, conducta íntegra, honestidad, transparencia, responsabilidad social, autoridad moral, principios morales y éticos, ejemplaridad. Era todo aquello que debía poner en pensamiento y obra, como dijera el flamante Rey, «una monarquía renovada para un tiempo nuevo». La Monarquía de Felipe VI ha sido hasta hoy impecablemente parlamentaria, democrática, moderna, útil y ejemplar. La síntesis entre tradición y modernidad, en la que destacan las contribuciones de la reina Letizia, ha resultado un gran acierto. La acción pública de la familia real, con la creciente visibilidad de la princesa Leonor y su hermana Sofía, y las reformas en la propia institución monárquica -un modelo para otras de nuestras instituciones- han permitido exhibir dignidad y popularidad. La pesadez de algún pasado solamente se aligera con mucho futuro. Experiencia del ayer y apuesta para el mañana se aúnan en la figura y en la representación de un Rey de su tiempo y para su tiempo.

COMO TODAS las monarquías existentes, la Monarquía de España está anclada en el pasado de la nación. La tradición resulta fundamental. Pero esta no valdría casi nada sin su imprescindible complemento de modernidad. La Monarquía de España es una monarquía del siglo XXI. Apuntan los indicadores y estudios de los últimos años a que los países monárquicos europeos se encuentran entre los que disponen de más altos niveles de calidad democrática y capacidad regeneradora, que fomentan la estabilidad y han resuelto de manera más efectiva e incruenta los momentos de crisis. Ni la monarquía es anacrónica ni en nada incompatible con la democracia, el progreso y la modernidad. Todo lo contra-



ULISES CULEBRO

El reinado de Felipe VI se encamina hacia el decenio de vigencia con una conducta íntegra, responsabilidad social y autoridad moral

rio. La monarquía parlamentaria es democrática por definición. Como he escrito ya en otro lugar, lo anacrónico hoy no es la monarquía, sino afirmar que la monarquía es anacrónica.

Estamos dejando atrás la Nochebuena y nos vamos acercando a la Nochevieja. Las advertencias del mensaje del Rey Felipe VI pueden formar parte de nuestros mejores deseos de mejora para el año nuevo de 2023. La Monarquía de España es una de las más sólidas garantías para seguir hacia adelante, salir de las sombras críticas e iluminar nuestras legítimas aspiraciones a la hora de pensar en el país que, sinceramente, nos merecemos.

Jordi Canal es historiador y profesor-investigador en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París